

viendo al aparador lo que no está sucio, después de pasarle un paño: Nicolás, apoyando los codos en la mesa, y la barba en las manos, la mira fijamente. Jorge se acerca a Pedro y Ana se retira a su habitación, puerta de la derecha).

#### ESCENA XIV

Paulina, Nicolás, Pedro, Jorge

PAULINA. — (A Nicolás). ¿Por qué me mira usted así?

NICOLAS. — ¿Cómo?

JORGE. — (A Pedro). ¿En qué piensas?

PEDRO. — A dónde iría yo...

JORGE. — Sácame de una duda: tú eres un hombre instruido...

PAULINA. — Mucho tarda Gregorio.

NICOLAS. — Tiene usted unos ojos divinos.

PAULINA. — Ya me lo dijo usted ayer.

NICOLAS. — Y lo repetiré mañana.

PAULINA. — ¿Sí?

NICOLAS. — ¿Usted supone que vivo enamorado.

PAULINA. — No supongo nada.

NICOLAS. — Lo siento.

PAULINA. — ¿Por qué?

NICOLAS. — Porque... yo quisiera que usted se preocupase de lo que la digo...

PAULINA. — ¿Tiene gracia!

NICOLAS. — Váyanse de aquí. Este ambiente consume: aquí no se vive...

#### ESCENA XV

Los mismos, Ana

(Ana, saliendo de su alcoba, se acerca a Paulina, y Nicolás se dirige hacia la derecha, donde hablan Jorge y Pedro).

ANA. — ¿Todavía no ha venido Gregorio?

PAULINA. — Todavía no.

JORGE. — (A Pedro). Se aburre estar en casa. Oye, Pedro: leí en un diario que se construían barcos voladores en Inglaterra. ¿Es verdad?

Pedro. — ¿Es posible que usted lo crea?

JORGE. — ¿Por qué imprimen esas cosas?

PEDRO. — ¿Se imprimen tantas mentiras!

JORGE. — (Cierto? ¡Muchas! (Ana se sienta al piano y toca una pieza melancólica y lenta; Paulina se va por la puerta del fondo, llevándose el servicio de té, menos la gran tetera).

#### ESCENA XVI

Los mismos, menos Paulina

PEDRO. — ¡Muchas! (Agriamente; le exaspera la candidez de Jorge. ¡Muchas!

JORGE. — No te sobresaltes. Tiene razón tu padre: los jóvenes desprecian a los viejos y hasta os molesta estar junto a nosotros; no queréis oírnos, y esto no está bien.

PEDRO. — Después de todo... (Insolente).

JORGE. — Después de todo, como no me gusta molestar a nadie, me voy. Cuando eras niño, y te llevaba yo a coger nidos, me querías.

PEDRO. — Ahora también te quiero.

JORGE. — Has variado mucho; sé como eres.

PEDRO. — Los años... En aquel tiempo me gustaban también, sobre todas las cosas, los caramelos... No puede un hombre tener las mismas aficiones toda la vida.

JORGE. — Claro. Se comprende. (A Nicolás). Amigo ¿vamos a beber cerveza?

NICOLAS. — No me lo pide ahora el cuerpo.

JORGE. — Pues voy solo. Es alegre la taberna. En ella todo anima, y en casa todo aburre... Perdonad... No hacéis nada: no buscáis distracciones... ¿Queréis que juguemos a la brisca? Somos cuatro... (Nicolás mira sonriendo a Pedro. Una pausa). ¿No queréis? ¡Vaya! ¡Que os divertáis! (Dándole un cogotazo a Nicolás). ¡Vamos!

NICOLAS. — Yo, no... (Jorge se va por la puerta del fondo, contrariado. Ana continúa tocando el piano. Pedro se arrellana en el diván y silba. Nicolás se pasea).

#### ESCENA XVII

Los mismos, menos Jorge

ANA. — Hoy tarda más que de costumbre Gregorio.